

EL ESCRITOR ANDALUZ

Novela por entregas

El escritor del Barrio Morisco que sueña El Puerto

Entrega 1

Déjame contarte algo que merece la pena. Hace tres años que estoy en paro. Sí, en paro, desempleado, como quieras llamarlo… O no, mejor te diré que me encuentro en paro para los demás. Porque mi cabezota de escritor cuando más trabaja es cuando estoy en paro. Eso tiene su mérito, cuando lo miras desde mi perspectiva de artista. Ahora, mirado por cualquier proletario; coge y me echa a los perros. ¡Susto! Y es que yo a mis cincuenta y ocho añitos tengo en años cotizados tantos como la suma de los dedos de mis manos. Por eso, cuando el otro día la chica de Correos me entregó una carta con el informe de mi vida laboral, la escondí debajo de mis calzoncillos, en el cajón de la mesita de noche. Creo que se me ocurrió un buen escondite… Pero a mí me dan una ayuda por estar en paro. Y también, mi hijo de diecisiete, al vivir conmigo, su madre me pasa una renta mensual. Con estas dos paguitas y con unos ahorrillos que tengo de haber trabajado en una empresa de limpieza en El Puerto de Santa Cecilia voy viviendo. Claro, no me quedó más remedio que venirme a vivir al Barrio Morisco. ¿Cómo iba a quedarme a vivir en un sitio que uno no podía sostener? Tú compras una barra de pan aquí y te cuesta la mitad de un euro. Compra esa misma barra de pan en El Puerto y se te va el euro entero. Con eso te lo digo todo. A mí, el Barrio Morisco me gusta. Pero tampoco tanto. Y menos todavía cuando mi hijo y yo soportamos la canícula de los veranos de aquí con un solo aire acondicionado

en la casa que solo puedo poner un par de horas al día para que la factura de la luz no suba adonde mi bolsillo no puede llegar. Por eso mi ilusión la tengo puesta en volverme otra vez a El Puerto. No creas que yo me chupo el dedo. Y es que como me he criado en El Puerto, necesito como los cangrejos tener el agua a dos pasos. Claro, ahora el bolsillo que tengo puede hablar poco. Y alquilar un piso de dos habitaciones allí ronda los mil trescientos euros. Pero yo, cuando me vuelva a El Puerto, no voy a alquilar un piso cualquiera. Me voy a alquilar un chalecito con las contraventanas color verde primavera abiertas de par en par al mar. ¡Noniná! Porque ya verás tú el negocio que me traigo entre manos... Dos meses llevo con mi newsletter y de los ciento cuarenta y cuatro suscriptores que tengo veintitrés son de pago. Ciento quince euros me entraron hace una semana: cinco euritos al mes por cabeza. El caso es que llevo media vida queriendo vivir de escribir. Yo, para cabezón... Pero solo ahora que la vejez se me acerca de puntillas parece que voy en serio. A todo esto, yo me llamo Carmeloo. No Carmelo con una sola o. No, yo soy Carmeloo con dos oes al final del nombre. Y es que los niños en el colegio empezaron a llamarme Carmeloo como burla de las muchas palabras que salían de mi boca cuando me ponía a mover la lengua. A lo primero, cuando se burlaban de mí yo llegaba a mi casa encorajado y con las orejas gachas. Pero un día mi madre me dijo que el nombre que me habían puesto los niños en la escuela era más bonito que el nombre Carmelo con una sola o que había heredado de mi abuelo paterno. Y entonces mi madre de pronto también se puso a burlarse de mí gritándome Carmeloo unas pocas de veces hasta que salimos los dos riéndonos un montón. Y a partir de aquel día el buen corazón de mi madre me bautizó para siempre con el nombre Carmeloo. A lo mejor no te esperabas que me presentara cuando ya te he contado un puñado de cosas; pero yo funciono así, lo mismo me pongo a hablarte de lo corto que voy de dinero que al ratito me tiro una tarde entera hablándote de mi Betis manque pierda; ¡anda, si tú también fueras del Betis, qué buenas migas haríamos! Y hasta

te propondría que cuando te pareciera podríamos ir a tomarnos un botellín fresquito o un culito de vino con su tapita de carne con tomate o de morcilla en el Kiosko El Gafa aquí en el Barrio Morisco. Aunque la verdad, yo soy poco de bares. Bueno, en mi juventud era al revés... Me acuerdo de mí cuando no paraba en mi casa, entre los veintipico y los treinta y pocos años. Los viernes y los sábados por la noche eran sagrados. Me entretenía ligando tanto a las guapas moriscas de aquí del barrio como a las altas y rubias extranjeras que pasaban las vacaciones de verano en El Puerto. Y yo, como trabajaba allí de camarero, mientras les servía una jarrita de sangría ya sabía a por la que me iba a lanzar y entonces acercaba mi boquita a su oído y me ponía a susurrarle dulces para cuando terminara mi turno ya tenerla en el bote. Otros tiempos. Ahora ando entretenido procurando pescar lectores con el anzuelo de mis entregas de los viernes. Y es que durante media vida he pensado que para vivir de escribir hacía falta que una editorial se fijara en mí. O ganar un concurso literario famoso que me hiciera un escritor reconocido de una vez. Después vino la novedad de Amazon y de pronto suspiré porque me supuse que su algoritmo haría la magia de ponerles mis novelas delante de las narices a un montón de gente, como el que tiene una tienda en la calle más céntrica de una gran ciudad. Pero no. Pronto vi que Amazon estaba siendo bastante más listo que yo. Si quería que el algoritmo me sirviera con una sonrisa de mayordomo y aun así con resultados de a ver qué pasa ahora, yo tenía que rascarme el bolsillo a menudo pagándole publicidad al señor Bezos. Y me dije, Pues vaya negocio. Esa pescadilla que se muerde la cola tampoco era para mí. Y resulta que mi camino lo he tenido siempre delante de la napia. Porque yo tarde o temprano me tenía que montar un newsletter. Claro, eso aquí en el Barrio Morisco no se le ocurre a nadie. Aquí las cabezas están en traer el jornal a la casa y en coger esa aceituna del plato. Ahora, en el otro pulmón de Kasala, en El Puerto, sí hay ya un puñado de personas buscándose las habichuelas con este invento. Lo mismo que Charles Dickens y Alexandre Dumas

hace doscientos años. Lo que cambia es el papel: ellos vendían en los periódicos sus novelas por entregas como pan caliente; y yo, que ya vendo con mi newsletter, pronto voy a vender las entregas de mi novela como churros. ¿Las editoriales?, ¿los concursos literarios famosos?, ¿Amazon?... ¡Anda que les frían un huevo! No me hagas hablar más de la cuenta con esto, porque El Puerto no me lo figuro yo lejos de mi hijo y de mí, sino a solo unos cuantos meses. Eso es. Yo quiero que después de Navidad mi hijo y yo ya estemos haciendo la mudanza. Espera un momento... mejor te enseño cómo tengo montado el newsletter, porque eso sí que cuenta de verdad. Ahí ha sido donde no me he quedado dormido. En el encabezado pone que todos los viernes doy una entrega nueva, así el que llega ya sabe de qué va el percal. Después, pone el título de la novela, en grande, Blues del señorito Gregorio, y debajo del título va un renglón llamativo diciendo que escribo una novela por entregas mientras no me aparto de mi sueño de volver a vivir con el mar respirando en mi ventana. Después me presento sin contar cuentos chinos: digo que me llamo Carmeloo, que tengo cincuenta y ocho años, que estoy en paro y que vivo con mi hijo adolescente aquí, en el Barrio Morisco. Y también que llevo media vida queriendo vivir de escribir. Y ya está. No me hace falta echar mentiras. Ese es Carmeloo. Vivito y coleando. Más abajo digo que doy gratis las tres primeras entregas de la novela. Y que si después de eso quieren seguir disfrutándola pues que entonces aflojen cinco euritos al mes. Pero que sin permanencia. También digo que cada día envío un email gratis que tiene que ver con cómo sale de mi coco lo que voy escribiendo y por qué este o el otro personaje de Blues del señorito Gregorio de pronto se mueve así o asá y hasta con los titubeos que me entran al ponerme a escribir las nuevas entregas de la novela. Y a lo último les digo algo que me sale del alma, Si te apuntas verás tú cómo cada capítulo nuevo te entra por el ojo derecho sin que tu ojo izquierdo le lleve la contraria. ¿A que no está mal, eh? De momento todos los días encuentro peces en esta fuente. Claro, eso son suscriptores gratuitos.

Pero de cada diez me vienen saliendo tres o cuatro de pago. Y es que las tres primeras entregas de la novela Blues del señorito Gregorio que regalo para quien se registra gratis dejándome su email, ¡tela! Mira, voy a hacer un cálculo. Estamos a últimos de julio, y para la Navidad todavía quedan cinco buenos meses. Pues te apuesto un botellín y también dos a que cuando asome tu amigo Papá Noel ya tengo entre ciento veinte y doscientos cuarenta suscriptores de pago en mi newsletter. Eso en dinerito... son entre seiscientos y mil doscientos pavos mensuales. Y ahí acabará de empezar la bulla. Porque un newsletter, como coja vuelo, ya no hay quien le corte las alas. Y ¿tú sabes dónde se está cociendo este negocio de vender una novela por entregas desde casa? En el patio de la casita que tengo alquilada aquí en el Barrio Morisco. En la calle Remedios 13. ¿Cuánto crees que pago? Tres habitaciones, una en la planta baja y dos en el soberado. Su buena cocina, el comedor, el cuarto de baño y un patio interior y otro más pequeño exterior que lo tenemos de lavadero. Trescientos cincuenta pavos. Barata, qué. En El Puerto sería un regalo. Allí no bajaría de los dos mil pavos... Sí, en el patio interior se cuece mi negocio. Es un patio pequeño, de tres por tres metros y medio, con el suelo de terrazo y las paredes revestidas de azulejos de colores alegres hasta medio cuerpo. A mi espalda una puerta de hierro separa los dos patios. Pero en esta canícula del verano, cuando el sol ya va bajando su mordida, abro esa puerta y un airecillo divino me sopla en la espalda como adivinando mi intención de ponerme a escribir. Entonces cojo y escribo en un portátil añejo sobre la mesa de madera amplia frente a la pared. Compré de segunda mano ese cacharro hace ya diez años, pero todavía se porta medio bien el chavalín. Encima de la mesa tengo un suvenir que compré en la estación de tren de El Puerto el mismo día que mi hijo y yo nos tuvimos que venir a la fuerza al Barrio Morisco... hace ya algo más de tres años. Se trata de una miniatura del tren de Kasala. Es a lo mejor como mi manita de grande y está hecho de cerámica pintada del mismo color verde oliva que lleva el tren

de verdad. Se supone que es un pisapapeles. Pero como por aquí nunca entra un aire que me eche a volar los papeles cuando abro la puerta que separa el patio interior del exterior; yo al trenecito de Kasala lo uso para soñar: me imagino a mi hijo y a mí montados en ese tren, regresándonos por fin a vivir a El Puerto. Lo mismo me pasa con un cuadro casi enorme que tengo colgado a mi izquierda; la pintura enseña una contraventana de color verde primavera abierta de par en par al mar… pero solo tengo que distraerme un suspiro y ya estoy sentado en el escritorio de mi chalecito alquilado en El Puerto, escribiendo con las contraventanas verdes abiertas de par en par y el mar meciéndose en el rabillo del ojo. En la pared de mi derecha, dentro de una jaula verde, está TAO, mi canaria amarillita: no para de dar saltitos de un palito a otro mientras me habla cantando su idioma de canario que cada día que pasa voy cogiendo más al vuelo… Es jovencita todavía; me la dieron cuando tenía menos de un año y ya lleva con nosotros cerca de dos. Y para rematar el patio, a la altura de la jaula de TAO, pero un metro y pico más a la derecha, tengo colgada una bufanda de mi Betis. Sí, una bufanda de mi Betis manque pierda… aquí, donde en esta canícula de finales de julio el termómetro se gasta la poca vergüenza de hacernos sentir una temperatura a prueba de lagartos de más de cuarenta grados. Cojo la escritura a primera hora de la mañana, y también por la tarde cuando el sol va aflojando. Pero antes de ponerme a escribir por la mañana ya he salido una hora a caminar por la campiña o me he pegado una hora de ejercicios físicos aquí mismo, en el patio donde trabajo; después me ducho, desayuno y enciendo el portátil… pero ya sentado al escritorio todavía me tomo un minuto para repetirme tres veces este mantra, Hago lo que me apasiona. Yo soy dueño de mi tiempo. Y para Navidad voy a tener unos buenos ingresos y estables; me siento tranquilo y estoy agradecido. Entonces ya estoy listo; abro el Word y me pongo con la entrega de Blues del señorito Gregorio que tenga entre manos. Mi horario para la novela por entregas es de nueve de la mañana a una del mediodía; por la tarde trabajo desde

las ocho a las diez o las diez y media escribiendo el email diario que les mando a mis suscriptores, corrigiendo lo que haya escrito durante la mañana y echándole un rato a mi perfil de Instagram, a ver si cada semana me trae un puñado de lectores nuevos para el newsletter. Por la tarde, antes de ponerme con la tarea, también me repito tres veces otro mantra, Soy padre, escritor, artista. Soy desenfadado, determinado y disciplinado. Y funciona porque yo hoy también estoy dando la batalla. A lo mejor te parece una tontería, pero estos dos mantras que me repito todos los días me ayudan a estar más pegado a mi sueño: yo soy el escritor del Barrio Morisco que sueña con volver a El Puerto. Ese soy yo… porque cada mañana, en cuanto abro un ojo, ese sueño ya me mira en mi cabeza. Y ahora te voy a hablar de Blues del señorito Gregorio. ¿Por qué? Porque me da la gana. Entonces, si de pronto no quieres escucharme, ya sabes lo que tienes que hacer… ¡Que no! ¡Es una chufla! Lo único que te voy a decir de la novela es que cuando se me ocurre volver a leer lo que llevo escrito me quedo sin decir ni pio un ratito. Mira, mejor que te charle ella un poco y después sigo charlándote yo: "y bueno, que le pagué el libro a Rosario y entonces le pregunté algo que otra vez puso una risita en su boca, como había pasado un día o dos antes cuando le había preguntado por un libro para adiestrar al cangrejo del niño Gregorio, Rosario, tú una correa para pasear por la orilla de la playa a un cangrejo no tendrás por casualidad, ¿verdad?, y sus ojos se rieron en mis ojos y mis ojos se rieron en sus ojos, No, Rodrigo. Yo en la tienda una correa para llevar de paseo a un cangrejo no tengo. Yo tengo dos o tres clases de correas para pasear a un perro. Ah, y mira, también tengo yo una correa para llevar atada a una iguana. Un cliente mejicano que se lleva comida para su gato me la regaló y ahí la tengo en el escaparate, y yo le dije que esa correa a lo mejor podría valer para pasear el cangrejo del niño Gregorio, y Rosario me dijo que si yo quería me podía llevar la correa para que el chiquillo se la probara a su cangrejo y si se quedaba con ella pues entonces que se la pagara, Sí, eso voy a hacer, le dije a Rosario, y

alcé una mano y la meneé en el aire para despedirme hasta pronto de aquella mujer tratable de la tienda con la que yo estaba dispuesto a fundar la love story de mi vida, y saliendo a la calle de pronto me figuré que aquella mujer que me miraba como yo quería también deseaba fundar la love story de su vida conmigo, y dando tumbos en la calle mi corazón cantaba de alegría mientras me decía que sí me quería, que sí me quería, y que sí me quería…" Mira, ahora mismo estoy terminando de escribir la entrega once que mandaré el viernes a los dos puñados de lectores de pago. Eso es no llegar todavía a tres meses escribiendo cada semana una nueva entrega de Blues del señorito Gregorio… Lo bonito es que desde hace un par de semanas la novela se ha vuelto más pizpireta. Se calza los zapatos y sale de mi casa los viernes… y al rato me llegan algunos correos de vuelta tanto de aquí del Barrio Morisco como de El Puerto: Manuel me dice que el padre de Gregorio le recuerda a su padre más que a nadie; Javi me escribe para quejarse de que desde que le llega una entrega el viernes hasta la entrega del siguiente viernes la espera se le hace larguilla; Baltasar me dice que le comienza a preocupar el futuro de Gregorio; y Sandra, me dice que ella no tiene novio, pero que si le saliera uno como Rodrigo lo dejaría más pronto que cerrar una ventana cuando afuera se levanta aire, y todavía añade, ¡Será posible que Rodrigo pise una mierda de perro justo un momento antes de entrar con Rosario al cine! A mí Sandra me hace gracia con su correo, aunque también la noto algo severa, porque no creo que Rodrigo haya buscado querer pisar esa mierda de perro que ella dice. Al menos yo no he pintado a Rodrigo como un hombre atravesado ni como un malasombra de esos que siempre donde sale una puntilla va y se sienta. Al revés: desde las primeras entregas se ve que es un buen hombre, y la paciencia que tiene con el señorito Gregorio es la de un capibara. ¿Tú sabes lo que es un capibara? Yo tampoco lo sabía… pero mira, el otro día, esperando mi turno en la barbería de la calle Real para quitarme la barba, leí en una revista que el animal con más paciencia de todos es el capibara, y entonces

nada más que terminé de leer eso me figuré al momento a Rodrigo aguantando los caprichitos del señorito Gregorio sin encorajarse. Y ahora no vayas a pensar que porque voy a la barbería a arreglarme la barba ya no ando tan apurado. No, hombre. Primero porque yo me arreglo la barba una vez cada mes largo, y segundo porque aquí, en las cuatro o cinco barberías que hay en el Barrio Morisco, arreglarse la barba cuesta cuatro pavitos. Ves tú... Pero una cosa: estos pocos correos que me escriben mis lectores me dicen más que los dos puñados de suscriptores de pago de mi joven newsletter. Me hablan del compromiso de todas las semanas con mis lectores. Ya se me ha acabado la bicoca de primero escribir una novela durante un año y pico y después a ver cómo va. Ahora ya sé que cada viernes hay lectores que están pendientes de mí. Una novela por entregas tiene mucho más que ver con el pan recién hecho que con el pan de molde. Si un viernes no sale buena... a lo mejor a quien te lee ya no le ves más el pelo. Y hablando de cosas recién hechas... me acabo de acordar de la bacaladilla fresca que compro los martes en el barrio. Este pescado cuando mi hijo y yo nos plantamos aquí en el Barrio Morisco costaba el kilo menos de tres euritos. Ahora vale más del doble. A mí me gustaría comer más este pescado... y si mi bolsillo estuviera algo más en forma, yo lo compraría dos veces a la semana. Más contento que unas castañuelas estaría yo si mis lectores esperaran las entregas de los viernes con las mismas ganas con las que yo espero el martes para ir a comprar mis bacaladillas. ¡Anda que no están buenas enharinadas y fritas en aceite de oliva! El primer correo que he recibido hoy es el de una mujer que firma con el nombre de Blanca. No te lo iba a contar, pero desde que lo he leído no para de darme vueltas en la cabeza. Lo mismo que a Sandra, tampoco la conozco a ella. Se hizo suscriptora de pago después de leer las tres primeras entregas gratuitas de Blues del señorito Gregorio, pero es la primera vez que me escribe. Y no, no me echa flores. Con un puñado escaso de palabras me dice que yo soy el señorito Gregorio y que Rodrigo es la voz con la que me las estoy

arreglando para contar mi infancia. Después, en la posdata, añade que ha convencido a su padre para que se apunte al newsletter. Yo he cerrado el portátil y me he salido del patio. Pero al ratillo ya estaba allí otra vez con el cacharro abierto y repasando despacio el correo de Blanca.

Roger Brea
Escritor por entregas